

ción en creencias, no por su consistencia ideal.

Menand, con toda su simpatía por la cosa, no deja de observar la peculiar manera americana de vivir lo religioso como una secularización de la deuda humana hacia el Creador. Nuestra mente está hecha para conocer el mundo porque Dios, matemático supremo, la ha construido en armonía con un afuera indeterminado y dotado de sentido, como quiere Peirce. Creemos que podemos saber y creemos que somos libres para saber, pero saber es un deber tanto como un derecho.

Menand expone su tesis con acopio de datos que despliega diáfana y vivazmente. Quizás abusa de lo anecdótico, con el objeto de hacer desfilan a sus personajes en plan novelesco. Entre dos guerras, la civil y la fría, tienen vigencia estos principios. Luego, hay un repliegue fundamentalista. Pero, dado que el comunismo se declara cancelado, vuelven los antiguos maestros de la América clásica. Para terminar, ruego a los presentes que levanten la mano si se consideran capaces de filosofar sin metafísica.

**Blas Matamoro**

## Los libros en Europa

**Historia de la radio en España. Volumen II (1939-1985)**, Armand Balsebre, *Cátedra, Madrid, 2002, 512 pp.*

Chesterton, quien llegó a participar en un proyecto cinematográfico junto a James M. Barrie y otros compañeros de letras, intervino, contundente, en la polémica que arreció al generalizarse como medio de entretenimiento otra novedad tecnológica: la radiodifusión. «El joven atleta –leemos en una de sus *Charlas*– debiera verdaderamente avergonzarse de disfrutar de sólo la mitad de una comedia o un drama, cuando caminando hacia el teatro, desde su casa, podría disfrutar de toda la obra. A tales personas se les critica frecuentemente como deportistas. Seguramente debieran ser más criticadas por comodones radioescuchas que por atletas, ya que ni siquiera lo son bastante como para caminar un poco y ser espectadores». Y a modo de conclusión, sentencia: «Si no se toman la molestia de ir a oír a su orador favorito, verdaderamente no comprende por qué deba venir el orador hacia ellos». A través de lo citado, queda de manifiesto cómo el hombre que se aplicaba a estas agudezas no intuía hasta qué extremo la radio, desde su primer diseño, apunta a ser un medio masivo, universal, un proce-

dimiento idóneo para informar, entretener y, dando un paso más allá, formar a su clientela. A esta triple faceta corresponde esa función social de la radiofonía, que se fortalece en un país como España, donde muy tempranamente pasó a ocupar el protagonismo de un proceso histórico en el que no han escaseado los partes de guerra, las charlas propagandísticas, los consultorios sentimentales, los radiodramas, las retransmisiones deportivas –aquel gol de Zarra descrito por el épico Matías Prats–, las sintonías musicales, y ya en tiempo de libertad, las tertulias políticas, los radiodiarios y otras fórmulas del contrapunto noticioso, cuya tendencia parece aún más admirable cuando se las compara con aquellas que hoy predominan en la pequeña pantalla.

Con excelente acopio documental, Armand Balsebre ha comprimido en dos volúmenes la historia de la radio en España, y en torno a su cronología circulan doctrinas estéticas, hábitos sociales, novedades técnicas, tendencias de cuño profesional –ocasionalmente academizadas–, modismos del habla y un juego muy concreto de relaciones políticas, que primero respondió a la voz de la dictadura y posteriormente reflejó los sonidos de la democracia. En esta línea, Balsebre

ha dado un salto por encima de muchas otras monografías. Una ojeada sobre este segundo volumen de su obra acredita lo completo de su pesquisa, luego tan enriquecida por el comentario personal y por un anecdótico que se presta a la ocasión.

Tres son los principales tramos que recorre. El primero describe la radio que se dio en la España falangista y nacional-catolicista de la autarquía (1939-1951), el segundo sintetiza la radio de los seriales, concursos y retransmisiones futbolísticas que propició la administración de Arias Salgado (1951-1962), y el tercero, ambientado en la etapa del desarrollismo y los deslindes predemocráticos (1962-1975), relata minuciosamente el devenir de un género como el serial, el auge de la radio musical y el surgimiento de la radio informativa, que iba a demostrar su importancia en emisoras como la SER. Un breve epílogo explora la identidad del medio entre 1975 y 1985, abriendo un espacio que merece ensancharse con mayor detenimiento. En este término, se podría alegar que el autor asume una brevedad que no aplica a otros periodos. No obstante, por la calidad y consistencia de todos sus componentes, la entrega obtiene un elogio inequívoco. En la escasa biblioteca que analiza el tema, sin duda esta obra permite juzgar con renovada exigencia otros estudios críticos sobre la radiofonía española.

**Frankensteiniana. La tragedia del hombre artificial**, Pilar Vega Rodríguez, Madrid, Tecnos-Alianza Editorial, 2002.

Hablando estrictamente, la criatura literaria ideada por Mary Shelley es un producto de la soberbia humana. Veamos: con su diseño de laboratorio, el doctor Víctor Frankenstein permite que, culminando el grandioso experimento, quede eliminada la fecundación ancestral y ocupe su lugar una ciencia que, por usar palabras de Borges, es la promesa de un milagro. Hablamos del surgimiento de un nuevo principio: la vida sintética. Claro que el asunto revela otra dimensión, pues Frankenstein no sólo es un pionero de la biomedicina. Cuando le es accesible esta labor suprema, el sabio también usurpa un atributo divino, aunque en este caso la facultad creadora requiera cadáveres y quizá galvanismo en lugar de barro y aliento. Se complace aquí Shelley en destacar el horror que causa la Criatura, no tanto por un mero rechazo estético, sino por su inconsecuencia, por la falta de concordancia que existe entre ese espécimen único –carece de genealogía y progenie– y los hijos de hombre y mujer. No se requiere otra explicación; y cualquiera otra difícilmente alcanzaría a describir mejor el extrañamiento del monstruo. Ahora bien, el relato de Shelley no es el

primer borrador literario de la biogénesis. Ya Ludwig Achim Von Arnim describió en *Isabel de Egipto o El primer amor de Carlos I* dos de sus formulaciones más primitivas y evocadoras: el *golem* y el homúnculo de la mandrágora, crecido por efecto de las lágrimas de un ahorcado inocente. Toda una incitación al asombro. En realidad, el método experimental no pudo dar una tibia réplica a esta fábula hasta el año 1910, cuando Alexis Carrel ensayó los primeros cultivos de tejidos. No obstante, hay otras tentativas que fomentan el ensueño. Mediada la década de los ochenta del pasado siglo, el científico Harold Morowitz calculó cuánto costaría reunir los constituyentes moleculares que integran un ser humano, y sus cuentas ascendieron a diez millones de dólares. Como es obvio, la mezcla recién adquirida no podía repetir los prodigios del ácido desoxirribonucleico, y ello inspiró a Carl Sagan una expresión feliz: «Afortunadamente hay otros métodos menos caros y más seguros de hacer seres humanos». Tal vez esto sirviera para apostillar la obra más famosa de Mary Shelley. Precisamente Pilar Vega dedicó el texto *Mary Shelley: la gestación del mito de Frankenstein* (1999) al mismo empeño que ahora aborda en *Frankensteiniana: la glosa literaria y filosófica de tan influyente figura*. Dejando de lado alguna que otra

digresión apocalíptica, innecesaria para el desarrollo de sus argumentos («nuestra cultura occidentalista vive afincada en el presente irresponsable y no quiere, o no puede, afrontar las perspectivas del futuro») y determinadas efusiones, no siempre equilibradas (considera a Brian Aldiss un «genial» escritor de ciencia-ficción), la autora acierta a la hora de sugerir las variadas lecturas que provee el texto de Shelley. Elocuente y habituada al estilo doctoral, Vega Rodríguez se adentra en el género de la novela gótica, y lo hace con decoro académico. Lo cual no significa que la exhaustividad y el detenimiento atraviesen todo el ensayo. Por ejemplo, al tratar la cuestión del *cyborg* –contradicción de *cybernetic organism*–, la investigadora menciona a los dos científicos que acuñaron el término: Manfred Clynes (una errata lo renombra *Clunes*) y Nathan S. Kline, pero opta por no citar la fuente de ese neologismo, el artículo que ambos titularon «Cyborgs and Space» (*Astronautics*, sept. 1960, pp. 26-27 y 75-75), luego ampliado en *Psychophysiological Aspects of Spaceflight* (Columbia University Press, 1961). De igual modo, defiende que el escritor Damien Broderick fue el primero en emplear este término, pero deja de lado a quien popularizó el concepto –David Rorvik en *As Man Becomes Machine* (1971)– y tampoco indica la novela que primero barajó esta